

# LA ÉPICA DEL CORAZÓN

Nélida Piñón

Heródoto y la aprendiz Nélida

Ausulto el arte y constato que, para existir, se cobra excesos, clamores, confidencias. No disimula la intimidad que pueda haber entre los cuerpos. A veces, suplica que se profundice en las emociones, que no se resguarden, que revelen el grado de soledad de cada uno.

En el ejercicio de mi oficio de narradora establezco condiciones estéticas variadas, pautas, artificios, lo que asienta los fundamentos capaces de asegurar la dimensión de la vena creadora. Una práctica que, a fin de cuentas, permite irradiar en cada página una punzante y dolorosa sabiduría.

Como narradora vivo bajo el signo de la farsa que rige el espíritu inventivo. Soy una afiliada a la ficción que concibe categorías al servicio de los personajes. Sé que, con trazos nerviosos, el Brasil de Machado de Assis se pregunta si su personaje Capitu fue infiel o no al marido. Una cuestión nacional que socava la credibilidad de Bentinho, avaro y mezquino, quien, ocupado con el veneno de la venganza y la soledad, reproduce en Don Casmurro su furia inhóspita.

No hay narrativa inocente. Esta avanza por los meandros de la mentira, de la ambigüedad, de los subterfugios; cuenta con el conocimiento limitado que autor y personajes tienen de sí mismos. Con todo, es menester mencionar el corazón. Así, el autor que pretenda luchar contra el modelo humano corre el riesgo de violar los mejores impulsos del arte, de volverse obsoleto y limitado. Por tanto, fuera de la utopía del arte, fallece su autoridad para hablar de la controvertida modernidad de la creación. Solo dentro del marco literario, al servicio de las órdenes del autor, subsiste su arte. La narrativa es su nido natural. Al menos así lo insinuó Emma Bovary, la provinciana mujer francesa inmortalizada por Flaubert.

El escritor, sin embargo, al anidarse en el propio espíritu creador, tiene el propósito de rescatar de los escondrijos de la memoria y de la conciencia la materia con la que dar vida al personaje. Cuenta a su favor con los sentimientos que rugen al ritmo de las palabras para enfrentarse a las miserias y las urgencias de un cuadro social distorsionado. ¿Acaso no le corresponde a la magia del arte revertir un cuadro cruel que oprime lo humano? ¿Y arrancar de los reductos sagrados, de la zona que tiene el inconsciente como guardián, los símbolos, las metáforas, las alegorías que garanticen que lo humano es una trampa donde flotan las palabras al son de las cuerdas de un violín estridente?

La vida, en conjunto, confluye en la dimensión de la escritura, donde todo desagua. La aventura de narrar bajo el signo de lo estético integra tradición y modernidad, rectifica la construcción literaria que está en curso. El mismo acto de narrar orienta el camino del arte que se origina del caos, de las emociones incontenibles, de la materia arqueológica que nos constituye, mientras se va cobrando del horizonte el

gigantesco fresco cuya continuidad milenaria afianza el oficio de contar historias propiamente dicho.

A su alrededor, los narradores, que somos nosotros, aseguran que nos lleguen intactas las evidencias narrativas del pasado por medio de las cuales recuperamos los rastros de civilización que se han abandonado, o incluso olvidado. Y eso gracias al rebaño humano formado por los aedos, los poetas de la memoria, los autores de los códices milenarios, los amautas incas, los chamanes, los nómadas, los goliardos, los profetas del desierto, los peregrinos de Jerusalén, los oráculos, con Delfos a la vanguardia. Los seres que a lo largo de los siglos han cedido el material épico con el que se recuperan la verdad narrativa y la génesis humana.

La voz de Homero resuena aún hoy entre nosotros. Su timbre ampara la creación, confirma la sucesión del curso emprendido por el vuelo de la narrativa para asegurarse de que en este arte no haya rupturas, hiatos, expurgaciones, selecciones autoritarias. Y de que prosiga la creencia de que por detrás del arte se halla la ruta del misterio.

El conjunto narrativo con que contamos especula sobre la sustancia sanguínea y onírica que nos ha forjado a lo largo de las eras. Registra la existencia de una saga cuyos ruidosos personajes atienden nuestra llamada con el ansia, quizás, de conmover el insensible corazón de los hombres.

Al fin y al cabo, los temas a nuestro alcance son recurrentes. Con el pretexto de dar densidad narrativa a lo que se crea, el autor acude a la escena arcaica e igualmente contemporánea. Todo le sirve de base para que la codicia narrativa invente, o reconozca, los seres legendarios que gracias a su persuasión arquetípica todavía están presentes en nosotros, comen a nuestra mesa. Son arquetipos que Joyce utilizó en Ulises, Victor Hugo recuperó en París, Hamlet hizo deambular por el palacio de Elsinor, Freud analizó. Son hidras cuyas cabezas, aunque amputadas, prontamente se regeneran. Arquetipos que sobreviven en el sótano de la imaginación colectiva y que identifican lo arcaico de otrora que persiste en nosotros.

Somos lo que esos personajes fueron en el pasado. La tragedia griega, que nos representa, es la síntesis perfecta de la miseria humana. La realidad actual se iguala a la mentira elaborada por el arte de todos los tiempos. Y nuestra biografía adquiere trascendencia cuando los recursos creadores la seleccionan. Así pues, en nuestra conturbada psique se hallan presentes la rebeldía de Antígona, las páginas de Shakespeare, de Cervantes. Esos narradores se adentran en nosotros y saquean nuestra imaginación. En variado diapason, describen el amanecer y el crepúsculo humano. Sugieren que nuestro drama se siga cobijando en la obra de arte, donde se prorroga lo que se describe literariamente. El simbolismo de Sísifo, por ejemplo, se enlaza con lo cotidiano y nos hace víctimas del mismo enredo. Como consecuencia, la llegada del misterio literario se proyecta en el seno de la cultura, y también en el hogar. Traduce el esplendor y la miseria de lo cotidiano, toda vez que la narrativa intenta esclarecer nuestra presencia en el mundo. De sus gestos creadores se aprehende lo que básicamente es insurgente.

La creación literaria también se ampara en la fábula, que guarda mi memoria y la del mundo. Un legado que bajo el manantial de la invención ha redimensionado lo que hay dentro de cada uno y expulsado lo que constituye una representación existencial.

Con todo, la fábula retrata las vidas de los hombres por la mitad. Difícilmente reproduce quiénes somos. Es una trama errante que nos quiere atribuir un origen legendario.

Así pues, heredera de cualquier tipo de fábula, registro aquí pedazos de mí y de los demás, consciente de que, a pesar de estar unidos, formamos un mosaico imperfecto, asimétrico, con el que me resigno. Admito, sin embargo, que la memoria es el único relato fiable. De manera que me toca dejar rastro por donde quiera que vaya. En cada página de mi bosque abandono migas de pan que guíen al lector.

Adicta a las aventuras desde la infancia, investigaba de cerca la perplejidad de los vecinos de Vila Isabel ante la vida y ante cualquier indicio crepuscular. Entre juegos callejeros o en el patio de nuestra casa de la Rua Dona Maria, número 72, me percaté de que de nada servía tener un nombre propio y una cara heredada de los genes del padre y de la madre. Era fácil sentirme olvidada, perderme entre la multitud. Así que tuve que esforzarme por existir; aunque ahora mi nombre conste en libros que señalan detalles de mi existencia como quien desentierra Troya, en Asia Menor, ansioso por descubrir si la ciudad de Príamo existió de verdad. La ciudad que desenterré siendo yo misma.

Hablar en primera persona no es natural. Me resulta una molestia. Así que actúo como me enseñó mi madre, Carmen, que me daba fuerzas cuando me sugería que me tragase las espinacas del marinero Popeye con su eterna pipa. Razón por la cual, al pronunciar un discurso en público, para que vean que no soy afásica, incorporo a mi genealogía novelesca una interminable cantidad de personajes, transeúntes, vecinos, todos a la deriva. Pues no camino sola por el mundo. Soy muchas, múltiple. Por eso, en mí, el lenguaje reverbera, la psique padece, bajo el lastre de la memoria colectiva.

Ay, amigos, cómo duele saber que hemos nacido de una camada, que nada nos distingue. Y que aunque aspiro a la soledad, nunca me refugio en un edificio abandonado. Por tanto, al detallar mi biografía, siento el impulso de incluir a aquellos con quienes he compartido el día a día. Mi experiencia personal excede el ejercicio de mi estética. Navegamos todos en el mismo barco. Cada palabra, cada escena, cada confidencia arrastra un recuerdo cuyos efectos me persiguen. El conjunto de vivos y muertos es un fardo. Pero ¿qué voy a hacer con mis cómplices? No puedo traicionarlos. Menciono sus secretos, retazos de sus vidas, en algún párrafo, sin dar sus nombres, para luego disolverlos. Los libero, así, de la responsabilidad de haber pecado o pasado en silencio.

La memoria está en cada esquina. Aunque falle o se distraiga, está viva, respira. Nada de lo humano yace sepultado en sus escondrijos. Un detalle mínimo se presenta de repente y aviva lo que había quedado atrás. Emociones, fragmentos amorosos, instantáneas vergonzosas, los dolores del destierro. Todo lo que es materia de ficción. Memoria e invención son, así pues, inseparables, una no vive sin la otra. Conjugadas, restauran la historia del mundo. Propician que el arte narrativo resplandezca. Expresan las turbulencias del pensamiento y del corazón. Hacen el collage de los hechos, el retoque de los rostros, los pedazos de la vida acaso despedazados y olvidados. Insinúan que la existencia se narra con melancolía.

Es inevitable mencionar mi origen. De dónde provengo, a quién debo el sortilegio de disponer de un repertorio que no me falla al cobrarse porciones inestimables con las que dar inicio a una narración.

Nací en el barrio de Vila Isabel, tierra de sambistas. Recientemente he descubierto que el sambista de mi corazón es el paulista Adoniran Barbosa. Maestro de la oralidad. Un creador que osó mencionar el nombre de Iracema, su gran amor, como pretexto para aclarar que había perdido el retrato de su amada, y que de ella solo quedó un zapato. Hubiera dado anillos y pendientes por haber escrito esa frase.

De familia española, de Galicia: una región fecunda en leyendas, narraciones, supersticiones, creencias alimentadas de lo sobrenatural. Santiago de Compostela es su capital, donde se concentran fe y cultura.

Guardo esas tierras gallegas en el nido de la memoria. Allí, de niña, pasé casi dos años. Y al regresar a Brasil, hablando portugués con acento gallego, traje de vuelta un saber que amplió mis horizontes. Preservo intactos sus mitos, la intensa fabulación. Leyendas y mitos que intensificaron la imaginación y la memoria, productos universales, procedentes de Cotobade, tierra de mi familia materna y paterna donde todavía hoy anclo retazos de mi escritura. Un universo que conservo sin damnificar. Sin arriesgarme a sacrificar o incluso actualizar, en nombre de la contemporaneidad, los mitos heredados. No les concedo la pátina de la vulgaridad, no quiero mitos rupestres que ostenten andrajos falsos. El mito no se moderniza, envejece sin sufrir expurgaciones.

El núcleo mítico de mi escritura procede de las vertientes del mundo. En especial de un enclave gallego formado por las trece aldeas que he amado, de donde salió mi sangre. Del Concello de Cotobade, del que me declararon, en día festivo, Hija Adoptiva.

En la temporada que viví en la aldea, con escasas visitas a las ciudades de la península ibérica, me comporté como una campesina. Me inclinaba ante los misterios de la cosecha y aprendía que la civilización se asienta en las bendiciones que produce el campo. La labranza en su esplendor me bendecía.

Subyugada por las tradiciones de aldea de la familia, todavía hoy utilizo la palabra «canasta», como se decía en Borela, en casa de mi abuela Isolina, en vez del clásico «hórreo» que adornaba el paisaje gallego, que era como se designaba a la construcción de piedra destinada a secar y guardar el maíz y los demás cereales. Fui, sin duda, inducida al error, pero ya no dispongo de tiempo para corregirlo.

Poco importa. A la literatura le corresponde absorber los errores humanos y darles otro uso. Qué es la narrativa sino un cúmulo de equívocos con los que escenificar la realidad.

Analizo mis sentimientos por Galicia y persisten los motivos para quererla. Para enaltecer las visiones y los destellos afectivos que adquirí en la infancia. Mientras que Brasil es mi lengua, la residencia de mi alma, Galicia es el reducto de un imaginario que me intriga y que no traduzco. Su enigma se debe, quizás, a su rusticidad campesina, a la concentración de fe de la que ha emergido la fascinación por Santiago de Compostela, al hecho de que el gallego sea de etnia antigua, quizás celta, puede

que suevo, con rastros visigodos. Una tierra que a fuerza de esencia milenaria rechaza la trampa del discurso contemporáneo, construido sobre bases frívolas y movedizas.

A través de mi familia materna y paterna he analizado el recorrido del inmigrante. El camino que recorrieron en busca de la gloria de las primeras monedas; atraídos por las mentiras, por las promesas de que vivirían días esplendorosos y en pocos años regresarían a sus aldeas con las alforjas cargadas de oro.

Ignoraban que, en cuanto desembarcaran en el muelle de la plaza Mauá, el fuego del infierno los chamuscaría. Solo les mitigaría el dolor el palpito de la esperanza. No pude, pues no había nacido aún, ser testigo de los primeros pasos que dieron mis abuelos y mis padres nada más poner los pies en la inhóspita América.

En casa de mis abuelos, observaba a mi padre y a los demás inmigrantes radicados en Río de Janeiro. Posaba en ellos mi mirada conmovida y solidaria. Sin embargo, en tanto que niña, no tenía cómo anticiparme a los hechos. A lo que hicieron para que yo disfrutara de una mesa abundante, repleta de bandejas. La realidad que viví en Vila Isabel, y en Copacabana, adonde mis padres y yo nos mudamos, provenía de esa gente que ahuyentaba las dudas, que me ilusionaba con certezas. Que no exhibía en modo alguno sus pesares.

Los suspiros de la abuela Amada, siempre elegante, con trajes de seda y zapatos de tacón, parecían confirmar lo mucho que le había costado adaptarse a Brasil. Aún no se había desprendido de la casa paterna, dejada en Carballedo, centro administrativo de Cotobade, donde había disfrutado de un bienestar hidalgo que su marido, Daniel, jamás conoció. Y cuando los abuelos me abrazaban, yo intuía que el calor originario de sus cuerpos también había padecido los temblores del invierno de la desilusión.

A veces lloro al recordar lo que mi pueblo heroico sufrió para que yo fuese feliz, para que estudiase en el colegio de las benedictinas alemanas, para que asistiese asiduamente al Teatro Municipal, para que viajase y dilatase mi imaginario con revelaciones que solo la cultura abría paso en mí. Y lo que hicieron para que me convirtiera en una escritora brasileña que hoy goza de la libertad extrema de inventar el mundo para acertar en la diana de la realidad.

Nunca me contaban nada de esa caminata de dolor y desapego. No me permitían formar parte del escenario que la vida les había montado. Así y todo, hablaban de Brasil agradecidos. Decían que, en caso de que muriesen en el exterior, habría que devolverlos a Brasil, túmulo y casa donde serían recordados.

Acumulo detalles promisorios sobre el viaje que hicimos a España. Durante años la familia me preparó para que conociera su tierra. Me prometieron que desabotonaría el cuerpo y la imaginación en esa tierra rústica y amada. Así que, con diez años, llegué al puerto de Vigo, a Galicia, en un barco inglés. Ya desde la cubierta observé, asustada, a los familiares y amigos que, ahí abajo, esperaban el desembarco y nos hacían señas. Un arrebatamiento digno de recibir al emperador de Etiopía y su séquito.

Me dio miedo poner los pies en aquella tierra. Parecía inhóspita y hacía frío. Era noviembre, un mes sacudido por fuertes ráfagas de viento que no se asemejaban en nada a la brisa marítima de la playa de Copacabana que había dejado atrás. Y en cuanto me abrazaron aquellas mujeres robustas que pronunciaban mi nombre con un

acento gutural que les arañaba la garganta, sufrí la falta de sol, que se convirtió en el símbolo de Brasil.

Vestidas de negro, esas mujeres me tenían por el niño Jesús que tiende a hacer milagros. Los trajes que llevaban, de apariencia siniestra, evidenciaban el luto. En el caso gallego, un luto eterno, porque un mismo traje servía para plañir a varios muertos. Y es que, en cuanto expirase el tiempo de recogimiento y de pesar por el fallecido, encerrarían el vestido en el armario, de donde solo saldría para homenajear al próximo difunto.

La caravana familiar camino de Cotobade estaba formada por pasajeros y un sinnúmero de maletas y baúles. Después de pasar la ciudad de Pontevedra, cabeza política de la región, pusimos rumbo a la primera parada, Borela, parte de Cotobade, donde mi padre, mi madre y yo nos quedaríamos.

La lluvia dificultó los planes de llegar en coche a Porta Carneira, la gran casa de piedra de la abuela Isolina, rodeada por un bonito prado. Las gotas de agua que inundaban los caminos no permitieron el paso a los vehículos. La solución que se encontró fue la de acomodar maletas y pasajeros en unas carretas tiradas por vacas que, acostumbradas al sufrimiento, nos llevarían a la casa familiar. Aquellas fueron las primeras vacas gallegas que me inspiraron una profunda compasión y que jamás he dejado de querer. Se convirtieron en seres de mi alma. Soy hermana de esa especie prodigiosa.

Aquel día de noviembre, en pleno invierno, yo reaccionaba a la Galicia que me ofrecían. Pensaba en qué hacía allí una hija de América, la brasileña que soy había aprendido a vivir bajo la égida del sol. Y he aquí que vi, antes de subirme a la carreta, justo a la entrada de Borela, un puente medieval del siglo XV que estábamos a punto de cruzar, de estilo románico y cubierto de hiedra. Después del puente se atisbaba la capilla de Nuestra Señora de Lourdes, que ahora me he encargado de restaurar.

Ante la visión del puente y de la capilla me estremecí de emoción, sufrí un arrebato amoroso. De tamaño intensidad que me llevó a pensar que mi vida, a pesar de los diez años que tenía, era capaz de expresar emociones amparadas hasta en la modestia del verbo. Y entonces juré, con las palabras de que disponía entonces, que amaría aquellas tierras gallegas para siempre. Y es lo que hago hoy.

La familia surgió imperativa en mi trama narrativa. En Brasil, en Galicia, en el mundo. Por detrás de la sangre familiar, las civilizaciones sustentaban los sueños y la imaginación. Las peregrinaciones por las tierras brasileñas, ibéricas, las Argólicas.

Al principio, en todas esas tierras estaba la presencia de Daniel Cuiñas Cuiñas, el abuelo que me protegía con su solidez y su gusto por la comida, por los placeres cotidianos. Para mí fue un paradigma. Aventurero, apuesto, llegó a Brasil con doce años. Sin saber que un día yo me inspiraría en él para crear el personaje Madruga de la novela La república de los sueños. Niño cuando vino, trajo consigo la misma esperanza que me asalta cuando empiezo una narración, previendo que solo con el auxilio del misterio de la existencia lograré alcanzar el desenlace de la historia.

Como escritora he recorrido el camino contrario a él, al de la abuela Amada Morgade Lois, al de mi padre Lino Piñón Muiños. Mientras ellos se instalaron en Brasil para que naciera yo, yo he hecho la travesía inversa. Quizás con el ansia de imitar la ruta

del abuelo, llegué a España siendo una niña. Tenía la misión de investigar Brasil a medida que cruzaba los caminos de las aldeas, calzaba zuecos, me hería con las espinas de los tojos y conducía las vacas de la abuela Isolina al Pe da Múa, la montaña de Cotobade que me recordaba al Himalaya, y donde sellaría mi destino. De alpinista, de aventurera, de escritora.

En los dos continentes, América y Europa, he vivido preciosas porciones de una infancia que ha sentado las bases de mi ser adulto. Ha sido el abono que me ha convertido en la escritora con la que soñaba ser. Casi sin conocer el significado estético y moral de dicho oficio, de lo que era ser una escritora. Un oficio que ha forjado la escritura, la mujer que soy.

Las lecciones de la infancia son siempre libertarias. Me han inducido a resistir a pesar de las trabas personales e históricas, al hecho de ser brasileña y mujer al mismo tiempo, cuando, lo recuerdo bien, algunas voces me rogaban que me precaviese, que no me apegase a los límites mortíferos que las fronteras y los géneros establecen. Todavía hoy sofoco los susurros que me advierten que renuncie a la pasión que nace de la vida y la literatura. Pero soy valiente, ¿a qué temerle ahora que me acerco al final? Los años ya no son dorados, es menester que intuya mi finitud, que no espere que la vida me aliente para siempre.

Por la noche, además, expuesta a riesgos y miedos, pienso seguir escuchando mi propia voz que me aconseja: no importa lo que hagas, Nélide, las huellas de lo vivido no te garantizan la compra de años extra. No te envuelven con un escudo protector. Tales palabras, que me quieren debilitar, se originan en la certeza de que nadie me sustituirá a la hora de mi muerte. Seré yo, sola, frente al pelotón de fusilamiento, la que se enfrente al instante final que espero me humanice como consuelo.

La atracción por el arte me ampara. Agrego al verbo la luminosidad del filtro poético. Mi lengua lusa, amada e imperecedera, procede de la cuna, de la pequeña casa que el abuelo Daniel construyó detrás de la vivienda familiar. Esta lengua se originó en el pecho materno, del que solo me despegué cuando cumplí dos años. Lengua y leche, por tanto, advienen de las sustancias de la madre tierra, Deméter. Y este portugués mío, heredado, consiente que me equivoque siempre que es inevitable. Indiferente a la lengua en la que hable con Dios. Y qué importa que utilice lenguas extranjeras si Dios no me responde. Actúa como lo hizo con Sara, en el Antiguo Testamento, a quien ignoró para preferir dialogar con Abraham, que no fue tan puro como los libros sagrados nos quieren hacer creer.

Dígase de paso que Carlos V, emperador del Sacro Imperio y simultáneamente Carlos I de España y dueño de la América recién descubierta, y por tanto el monarca más poderoso del mundo, hablaba con Dios en español, lengua que aprendió a los quince años cuando desembarcó en España listo para arrebatarse el trono a su madre, Juana la Loca, encarcelada en el castillo de Tordesillas hasta su muerte. No es de extrañar que el emperador, tan pío, actuase así, convencido de que hablaba con Dios en una lengua revestida de la grandeza literaria que los clásicos le aseguraban. También podría haber elegido los idiomas de autores como Homero, Camões, Dante, Shakespeare, Montaigne, Tolstói, Goethe, Machado de Assis, que alcanzaron la plenitud en sus respectivas lenguas.

Desde la más tierna infancia he sentido los efectos de la doble cultura. Destinada a reivindicar el mundo desde un punto de vista doble. No podía contentarme con observar la tierra solo con dos ojos. Requería las ventajas que se le conceden al camaleón, que tiene una visión de trescientos sesenta grados.

Me apresté enseguida a heredar España y Brasil, mi hogar. A adquirir un imaginario que me enriquecía al leer los libros de aventuras, concebidos por los grandes mentirosos. Leía precozmente a los griegos clásicos, los franceses, el universo bíblico, la esencia de la producción occidental. Sucumbía con sumo placer ante los narradores que inyectaban contenido y perplejidad en mi imaginación. Y a pesar de haber aprendido gallego durante la temporada vivida en Galicia, el portugués se convirtió en la lengua que elegí para vivir y hablar de los sentimientos. La escritura del corazón y de los libros. Con esta lengua portuguesa soy desabrida, temeraria, heroica, cruzo los siete mares del verbo en cuya hondura escucho a Simbad designar héroes y miserables, lo que es sombra y luz. Y hago de la lengua lusa la llave con la que abro el cofre del mundo.

Al despertar, el aroma a café me garantiza que todavía soy un miembro activo de la comunidad. Respiro. Unto mantequilla en el pan, cumplo el ciclo impuesto por mi apetito, mientras me preparo para la lectura de los periódicos. Y reflexiono sobre lo que queda de la vida. Sigo siendo la mujer curiosa que determina el menú, que separa lo que va al congelador, que solicita nuevas compras. Que ambiciona tener la nevera repleta de esperanza.

Me hallo en la llamada tercera edad. ¿Y qué le vamos a hacer, qué puedo añadir a un estadio visible para todos? Mi cuerpo proclama su edad, pero mi cerebro rechaza una constatación que pretende humillarme. Antes de empezar las narraciones que elijo componer en mi escritorio, paso revista a otros detalles de la casa. No soy descuidada. Así pues, sierva de lo cotidiano que me exalta en su adorable mezquindad, no descuido el afecto, que poseo en abundancia. Destaca mi amor por Gravetinho y Suzy, ambos Piñon, que son exigentes en lo que a cariño y derechos atañe. Comparto con Gravetinho, desde que este tenía dos meses de edad, nuestra casa. Llegó a mí en 2006, de la mano de mi inolvidable amiga Elza Tavares. Ha sido el regalo más preciado que he recibido. Ni un diamante pulido podría superar lo que Gravetinho significa para mí. Y Suzy, regalo de Marina y Renan, que aunque está en casa desde hace un año es una triunfadora. Recibe todo lo que mi amor puede ofrecerle. Y como no los quiero necesitados, exagero, les doy lo que ni siquiera me han pedido.

La agenda me exige consultas frecuentes. En general, sobrecargada, imperativa, requiere de mí cierto orden. Y en cuanto me libero de esos estorbos, me aventuro a escribir sin temor, sin medir los actos insensatos. Compenso dicho desvarío al son de la música. Me resulta penoso prescindir de sus acordes. Enseguida, alguien llamará a la puerta para preguntarme cómo cortar las patatas para la comida. Asevero, con voz pausada, que mejor cortarlas en cubos o rebanarlas en la mandolina. Y, en este caso, seré yo quien cumpla con dicha tarea para evitar cortes, mutilaciones, derramamientos de sangre.

Aun siendo escritora, me resigno ante las dificultades típicas de la mujer. Habituada, con todo, a la incómoda realidad de la cocina que interrumpe una frase rebotante de poesía, sé que, en contrapartida, las tareas femeninas amplían mis conocimientos, enriquecen mi hogar. No puedo renunciar a las experiencias que las mujeres

depositaron junto a la lumbre en tiempos remotos. Y tampoco puedo dejar de ir a la Academia Brasileira de Letras dos veces a la semana. O renunciar a la costumbre de pararme ante la estatua de Machado de Assis, instalada en el patio que da acceso al Petit Trianon, y decirle las palabras que se me ocurran ese día. Sin ostentar, no obstante, intimidación alguna. Trato a nuestro genio con la máxima consideración, lo que implica usar el tratamiento de señor. Ni siquiera ante el pontífice, en el Vaticano, con grandes pompas, demuestro semejante cuidado. Pero ¿estará bien que actúe así? ¿Quién en Brasil supera a Machado de Assis?

Algunas noches, cuando recibo a amigos, les ofrezco manjares, platos calientes que yo misma preparo. Tengo cierto talento para diseccionar recetas y me deslumbra el ingenio de los fogones. Me fascina cómo ingredientes tan sencillos, aún cubiertos de tierra y abono, pueden, en conjunto, darnos tanta vida a las cazuelas y a nosotros. Después del fuego en los fogones, me someto a otro fuego que adviene de la carne, del alma, del pensamiento, de las inquietudes teológicas. ¿Quién mejor que los místicos, criaturas que con su ansia de Dios apostaron por la santidad como solución a los conflictos terrenales, para tratar esos asuntos?

Me enamoré de los místicos en la más tierna edad. Pronto descubrí a místicos como el belga Jan van Ruysbroeck, de expresión flamenca, y el Maestro Eckhart, ambos del siglo XIV; san Buenaventura de Fidanza, del siglo XIII; Bernardo de Claraval, monje cisterciense del siglo XII; Catalina de Génova. Por no mencionar a los anacoretas del desierto, fascinantes figuras del siglo IV, y a místicos y santos como Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, que atenuaron la dureza de la Contrarreforma. Y las místicas de América, como santa Rosa de Lima y sor Juana Inés de la Cruz.

También es una parte de mi formación visitar los siglos, rastrear las vidas vividas en los castillos, en las mazmorras, en los tronos manchados de sangre, en los descampados, como si estuviese en casa. Siempre, sin embargo, gravitando en torno a la civilización griega, gracias a la cual todavía hoy inspecciono la realidad.

Viajo con frecuencia. Preparo las maletas y subo a los trenes y los aviones como si no hubiese salido de casa. Dondequiera que vaya, llevo conmigo la vida y dejo, en su lugar, en mi casa, otra. Antes, sin embargo, autorizo que alguien responda en mi nombre por esa otra existencia que se come pedazos de mí sin ninguna consideración.

Sé, no obstante, que la civilización occidental está en mí. Por eso, el contenido de mis libros hace de mí un aedo, un poeta al servicio de la memoria que ha preservado el poema narrativo de Homero, el esplendor de la Ilíada y la Odisea, cuna y sepultura mías. Y si soy un aedo, tengo prohibido olvidar. No puedo parar de narrar, de esclarecer mi humanidad, de coger la pluma y anotar los tropiezos humanos. Necesito que los demás completen los datos que le faltan a mi personaje. Sin dicha colaboración, la narrativa se convierte en una colcha de retales desprovista de sentido. Así, vivo a costa de los vecinos que frecuentan mi casa y mi escritura. Porque, pobre de mí, yo soy el otro.

La narrativa de ficción me llegó pronto. En forma de aventura que el libro me invitaba a revivir. Me aportó la falsa noción de que el autor, antes de iniciar su relato, había experimentado el placer de las peripecias que se disponía a contar, aunque fuera este un navegante que surcara los mares y aprendiera en cada puerto el fulgor de la mentira.

La vocación precoz de escribir, y que tanto me aturdí, me llevó a exacerbar la imaginación. A considerar qué material me abastecería de un saber complementario con el que armar mis narraciones. A ir a las fuentes que me proveyesen de tramas enraizadas en los compendios de historia clásica. Con el fin de escudriñar lo sagrado y lo profundo, de adentrarme en un repertorio de amplio espectro, de palpar el sentido de la vida.

Me urgía descubrir la posible compatibilidad entre las páginas históricas y el arte de contar. Para obtener tanto, me sumergía en las antiguas culturas a fin de sondear el carácter legendario con el que asegurar las peripecias míticas en mis tramas. Creía que el relato de épocas remotas me obsequiaría con componentes indispensables para mi imaginario en formación, carente de estímulos.

Con tales premisas, contando con buenas dosis de fabulación, recomponía las maravillas que, enterradas intactas en el fondo de la tierra, me proporcionaban ofertas inquietantes. Como pergaminos, ánforas hechas añicos, objetos personales de Sócrates, recuerdos guardados por Hércules de una de sus doce hazañas. Semejante fabulario asociado a la historia cubría la guerra de Troya, las batallas persas, las crónicas de América.

La imaginación, por tanto, aliada a la invención, se convirtió en una disciplina propicia para los prodigios, la manipulación de la verdad y la mentira, el simulacro, el uso de los mitos, la génesis social, lo que convenía rastrear en el curso de la narrativa. Todo ello metal de la misma aleación.

A través de la lectura me he acercado, entre otras, a la historia griega, a la persa, a la hebrea. Sin aparato erudito, me he internado por las simetrías, las secuencias cronológicas, los encadenamientos episódicos; en busca de los fundamentos comprometidos con el precario arte de vivir, con las sustancias inventivas capaces de abrir brechas en la inmutable noche de la historia. Con esas bases, he especulado sobre las frágiles contingencias humanas, he examinado los escenarios hiperbólicos ocupados por reyes y ejércitos.

He leído, sin criterio, a Heródoto, Tucídides, Plutarco, Plinio el Viejo y el Joven, Dumas, Monteiro Lobato, Karl May, Balzac, que consideraba indispensables. Ellos me han dado la medida humana. A través de ellos la realidad me hablaba y yo me estremecía de placer y de miedo. Recogía los interrogantes existentes en los textos de los historiadores clásicos, elementos que reforzaban la convicción de que entre ficción e historia había simbiosis.

Me percaté de que, si pretendía ser escritora, debía encarrilarme por los tiempos arcaicos, sondear la procedencia de las palabras y los sentimientos, los hechos que han pautado la herencia común. Reconocer que no éramos inaugurales, según predicaban los ingenuos vanidosos. Simplemente hemos heredado una sucesión de civilizaciones iniciadas por un grupo de mujeres y hombres carnívoros.